

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 9.—BARCELONA 18 DE SEPTIEMBRE DE 1914



La retirada de los franceses después de Charleroi

LIEJA Y NAMUR

No cabe ya duda sobre la suerte de los fuertes de Lieja. Todo el campo atrincherado, con sus defensas realmente formidables, no es más que un inmenso campamento y un nuevo centro de operaciones y abastecimientos del ejército alemán del norte. Ha llegado, pues, el momento de discurrir sobre lo que ha venido llamándose heroísmo increíble, por lo glorioso, de los belgas y fracaso de los invasores. Pero antes séame lícito decir algunas palabras para justificar y dejar bien sentada, de una vez para siempre, mi imparcialidad.

Estoy estudiando en estas crónicas la guerra desde un punto de vista exclusivamente técnico. Como el buen aficionado, que busca las bellezas del cuadro y sus defectos, sin preocuparse del nombre del pintor, gozándose luego en la satisfacción de que su juicio correspondía al mérito y renombre del artista, yo no indago más que la verdad y me regocijo siempre que descubro un rasgo genial o simplemente de talento en el campo de la estrategia, y una concepción afortunada o una ejecución vigorosa en el de la táctica, y esto independientemente de si los ejecutantes han sido franceses o alemanes, rusos o austriacos; sólo me dejo llevar por los resplandores del arte de la guerra, y únicamente en segundo y muy secundario término me preocupa la na-

cionalidad de los artistas, que no otra cosa son en el plano más grandioso y sublime de la mentalidad y de la voluntad humanas, los generales que conciben y las tropas que ejecutan. Todo aquel que haya leído mis crónicas sin prejuicios se habrá persuadido de esa imparcialidad; la he llevado al extremo de no hacerme eco de noticias, que por diversos conductos recibo, por no estimarlas suficientemente contrastadas: he callado detalles que estimo exactos, de la derrota primera de los franceses en Lagarde, y del descalabro que sufrieron poco antes en Nancy; tampoco he dicho una palabra de los reveses que tanto los franceses como sus enemigos padecieron en la región de Metz y en la frontera de Luxemburgo; son episodios sin consecuencias directas en el desenvolvimiento de las operaciones. Careciendo de las noticias oficiales alemanas y austriacas, que sin embargo llegarán y recibiré acaso más pronto de lo que parece a muchos de mis lectores, y debiéndome atener a las que comunica el Ministerio de la Guerra francés, completadas por la prensa francesa, italiana y británica, claro es, sin embargo, que ni me he de ajustar estrictamente a ellas ni cerrar los ojos del raciocinio y los dictados de la razón; si tal hiciera, estas crónicas no tendrían ningún valor y serían substituídas con ventaja por las disparatadas informaciones

de las agencias telegráficas. No; tomando como base las noticias oficiales del Ministerio francés de la Guerra, y compulsándolas con los hechos que se deducen de la ocupación de pueblos y lugares por los beligerantes, se llega a un conocimiento bastante aproximado de la verdad; en los casos dudosos, preferible es abstenerse, guardar silencio; tiempo llegará en que pueda dar a conocer la verdad entera y sin restricciones, y no serán mis lectores los últimos, ni mucho menos, que la conozcan: garantía de ello es que la están conociendo, aunque sin detalles, desde el primer día.

Expuesto lo que antecede, hora es ya de que se haga un poco de luz sobre la defensa de Lieja, y se disipen para siempre las leyendas y exageraciones que durante tres semanas han sido el tema general de las conversaciones.

En otras crónicas (véanse los cuadernos 2 y 3) quedaron expuestas las defensas del campo atrincherado de Lieja y la organización de la guarnición y el ejército móvil encargados respectivamente de la resistencia de la plaza y fuertes y de batir al enemigo al apoyo de los fuertes. Se trata de una de las mejores fortalezas del mundo, de las más completas, en las que se introdujeron todos los adelantos de la ciencia, de una resistencia pasiva, o sea derivada del obstáculo material, prescindiendo del factor hombre, considerable, y que todas las autoridades en la materia reputaban inexpugnable y capaz de resistir a cualquier ataque a viva fuerza; para nadie había duda en que Lieja, para ser expugnada, había de someterse a las lentas y metódicas operaciones de un sitio paso a paso o regular.

Los belgas tuvieron cuatro días para preparar la plaza; este tiempo es ciertamente corto; pero si se recuerda que la respuesta del rey Alberto a la intimación del Kaiser fué instantánea y que la movilización belga fué decretada en el acto, se tendrá la certidumbre de que el Gobierno de Bruselas estaba ya prevenido de lo que iba a acontecer y que los sucesos no le sorprendieron apenas. Lo confirma el hecho innegable de haberse reconcentrado en la plaza, el día 3, toda la tercera división, con sus cuatro brigadas, y la 5.^a brigada. Decretada la movilización el día 1.^o, y aun contando con que la abundancia de comunicaciones de todas clases y el reclutamiento regional facilitan extraordinariamente el paso desde el pie de paz al de guerra, se deduce que, debiendo recorrer tres brigadas (solo dos de ellas tenían el cuartel general en Lieja) distancias comprendidas entre 15 y 25 kilómetros, el plazo de dos días que media entre el 1.^o y el 3 de agosto era demasiado perentorio para que se terminara en términos satisfactorios la concentración de 30 a 40 mil hombres en la plaza. Ha de concluirse que los preparativos habían comenzado con dos o tres días de antelación; y como los belgas se habían preocupado mucho desde 1.^o de enero del presente año en ultimar todas las disposiciones conducentes al mantenimiento por las armas de su neutralidad, debe suponerse que los fuertes se hallaban casi en completo estado de resistencia, con todas las municiones y víveres en los almacenes. Supongamos, empero, que la preparación no fuera suficiente y que sólo se aparcaran la mitad de los abastecimientos; como las defensas pa-

sivas, adarves, casamatas, cúpulas, etc., estaban por sí mismas en disposición de desempeñar su papel en todo tiempo, la escasez de municiones y víveres o la insuficiencia de las guarniciones no podía traducirse más que en la reducción del tiempo de resistencia que se atribuía a la plaza: en lugar de tres meses, uno y medio, uno, si se quiere. De todos modos, bueno es hacer constar que aquellos fuertes estaban humanamente a cubierto de un asalto, porque las piezas de artillería, perfecta y completamente protegidas, barriaban las avenidas y flanqueaban los fosos; en éstos se habían completado los obstáculos; tendido defensas accesorias; y todos los defensores disparaban a cubierto; un asalto solo podía conducir a la destrucción de las tropas de ataque: tal era la opinión general, pero de ella no participaban los alemanes.

Una plaza en estas condiciones, sólo detuvo cuarenta y ocho horas el empuje de los invasores: varios fuertes fueron tomados, la población ocupada, y derrotado y puesto en dispersión el ejército móvil (unos 30.000 hombres), que se batía bajo la protección de los fuertes y reforzado por atrincheramientos y obstáculos de campaña. Los demás fuertes, que resistieron el primer empuje, cayeron poco después, probablemente hacia el 8 o 10.

Pues bien, estos hechos han servido para que se cante en todos los tonos el heroísmo de los defensores, se ponga la resistencia de Lieja a la altura de aquellas otras que llenan con páginas de oro la historia militar del mundo; se concediera a Lieja, en forma desusada y con apresuramiento excesivo, la cruz de la legión de honor, se condecorara al rey de los belgas, y toda la prensa latina y la británica agotarían el vocabulario de elogios, que se volcó sobre los belgas.

Líbreme Dios de creer que los belgas se condujeron con flojedad o poca energía.

Todo induce a suponer que supieron cumplir con su deber. Pero entre esto y lo que se ha escrito media un abismo,

Sin remontarnos a tiempos antiguos, ni recordar los sitios gloriosos, entre los que fulguran con mérito propio las inmortales defensas de Gerona y Zaragoza, veamos lo que nos dice la historia de las campañas más recientes.

Cuando la guerra de Crimea, el año 1854, los rusos fueron derrotados en la batalla del Alma, y la plaza de Sebastopol, débilmente fortificada, quedó incomunicada con Rusia, tanto por mar como por tierra, y entregada a sus propias fuerzas. Los ejércitos aliados la atacaron a viva fuerza y después la sometieron a un asedio regular, reanudando los asaltos cada vez que les parecía que la plaza se debilitaba o cuando caía en manos de aquellos alguna de las defensas. Pero la guarnición, guiada por el genio del insigne Todleben (el que más tarde había de brillar tanto en Plewna) acumulaba obstáculo tras obstáculo, no cesó de improvisar fortificaciones, luchó cuerpo a cuerpo y defendió el terreno palmo a palmo, hasta que finalmente sucumbió agotado material y moralmente. Ese sitio se sostuvo por espacio de once meses.

En 1878, apenas cruzado el Danubio por los rusos y rumanos, el famoso general turco Osmán bajá, se replegó a la población de Plewna, en el flanco de

la línea de invasión, para contener a los enemigos. Siendo aquella una plaza abierta, los turcos construyeron fortificaciones de campaña, reducidas a reducidos y baterías de tierra, casi sin fosos, pero muy bien trazadas y concertando perfectamente sus fuegos. Los rusos atacaron con furor indecible esa especie de campo atrincherado improvisado, y fueron rechazados tres veces con pérdidas enormes, pese a la bravura que desplegaron y a no perdonarse vidas ni cañones para conseguir el resultado. Se hizo necesario bloquear la plaza, aislarla, montar baterías de sitio, y tratar en suma aquellas fortificaciones, que no eran más que montones de tierra, con todos los honores de las plazas más fuertes de la época. Aun así, Osmán se sostuvo en Plewna cinco meses.

Más tarde, en 1870-71, los franceses fueron derrotados en todos los campos de batalla en que trataron de probar fortuna. Los alemanes sitiaron Belfort, plaza de sólo mediana importancia, creyendo que la reducirían con la misma facilidad que a tantas otras. Se engañaron, porque la energía y el talento del coronel Denfert, gobernador de Belfort, arbitró nuevos medios de defensa y llevó el tesón y la firme resolución de sostenerse hasta morir, a toda la guarnición. Un ejército francés enviado en socorro de la Plaza fué derrotado a la vista de ésta en el valle del Lisaine; ni ese contratiempo, ni la acumulación sucesiva de medios de ataque cada vez más poderosos que iban estableciendo los alemanes, hicieron mella en el ánimo de Denfert, ni en el de sus soldados, y cuando la paz se firmó, todavía ondeaba la bandera francesa sobre los muros de la invencible Belfort. Duró el sitio más de tres meses y medio, y terminó, como he dicho, no porque se rindiera la plaza, sino porque se acabó la guerra.

En 1904-05, los japoneses atacaron Port-Arthur, cuya posesión era uno de los objetivos de la guerra. Casi ninguno de los fuertes permanentes estaba terminado cuando comenzó el cerco, y algunos no habían pasado de la esfera de proyectos. Un ejército enviado a libertar la plaza fué derrotado por los japoneses; estos mismos obligaron a replegarse, tras reñidas batallas y combates, a la guarnición móvil de Port-Arthur, y ésta quedó finalmente aislada del mundo. La escuadra rusa fué poco a poco destrozada y desapareció al cabo hundida por los mismos defensores en las aguas de la bahía, y al mismo tiempo los japoneses renovaban, con la tenacidad del que considera cuestión de vida o muerte el apoderarse de un punto para llevar las tropas contra él empleadas al lugar decisivo de la guerra, sus ataques. Todos los asaltos fueron rechazados. Cada parapeto que caía era renovado por otro, y los fortines improvisados aparecían en donde quiera pudieran causar mal al sitiador. Se recurrió al ataque regular, que fracasó también; hubo necesidad de valerse de la mina, renovándose aquellos métodos del siglo XVII que se creía desaparecidos para siempre. Y Port-Arthur resistía inconmovible. Murió gloriosamente el general Kondratenko, alma de la resistencia, y al poco tiempo se rindió la plaza. La línea exterior de fuertes estaba ya a la sazón en manos de los japoneses; sólo quedaba a los rusos la interior, la más débil; pero como en los almacenes aun se contaban provisiones para quince días, el Gobierno ruso, no teniendo para nada en cuenta que los defensores se habían visto en

la necesidad de fabricar explosivos y de dar solución por medios de fortuna a las deficiencias que fueron olvidadas en tiempo de paz, sometió a consejo de guerra al Gobernador de la Plaza, general Stoessel, y lo arrojó del ejército, sumiéndole en la indigencia y en el desprecio. Pues bien, este sitio, que tales sanciones mereció a San Petersburgo, se sostuvo durante once meses, contra un ejército de bravura sin límites, al que causó más bajas que defensores había en la guarnición al comenzar el cerco.

Recientemente, Adrianópolis fué atacada por los búlgaros. Las defensas eran tan débiles como las de Plewna, pues si bien algunos fuertes tenían abrigos y revestimientos de mampostería, en compensación el trazado general era más defectuoso y no quedaban tan eficazmente batidas las avenidas. Derrotados los turcos, la plaza quedó desde los primeros días aislada y entregada a su propia suerte. Pero no se doblegó. Llegó el armisticio, y el Gobierno turco fué lo bastante débil para no hacerlo extensivo a Adrianópolis, de suerte que los defensores quedaron sometidos al espectáculo deprimente y desmoralizador de presenciar cómo el atacante se abastecía y completaba sus medios de acción, mientras ellos habían de someterse a un régimen cada vez más estrecho, por ir escaseando los víveres y otros artículos. Se reanudó la guerra y siguió resistiendo la plaza. Finalmente, los búlgaros ayudados por los serbios se apoderaron de ella, al cabo de un sitio de cinco meses.

Estos son los sitios que se encuentran en la historia de los últimos sesenta años.

No recuerdo el de París, incomparablemente más brillante para los sitiados que el de Lieja, por las excepcionales circunstancias que en él concurrieron, derivadas de la situación política de la plaza. Recuérdese que los mismos rusos, a mi juicio con harta injusticia, echaron un borrón sobre la gloriosa defensa de Port-Arthur; téngase presente que Adrianópolis no legará su nombre a la posteridad, pues todos los técnicos están de acuerdo en que no hubo nada extraordinario en su defensa, a pesar de haberse sostenido cinco meses, y dígame ahora el fundamento que tienen las exageraciones que se han echado a volar con motivo del ataque de Lieja.

No concluye aquí mi argumentación; si terminara, podría interpretarse como deseo de rebajar el mérito de uno de los partidos, y ésto no tiene importancia desde el punto de vista exclusivamente profesional, que es el mío. Para criticar sin finalidad más positiva no vale la pena de coger la pluma, y yo desde luego no la tomaría en mi mano. Es que se deduce de lo expuesto otra lección, que esa sí es interesante.

Si en los sitios célebres antes enumerados se ha cubierto de gloria el sitiado, así como el sitiador en algunos (Plewna y Port-Arthur), la justicia impone que se entregue los laureles al ejército alemán que atacó la plaza de Lieja.

No se trata, no, de un acto de bravura insuperable, ni de un plan genial, ni de una perseverancia y tenacidad indomables: el resultado alcanzado ha sido obra de la previsión, del método, del estudio, de la preparación. Es el triunfo de la inteligencia sobre el valor ciego e irreflexivo.

Durante la paz, el ejército alemán no ha pasado año en que no se haya ejercitado en las tareas propias



Soldados rusos en vivaque

de los sitios de plazas. Se ha llegado a estudiar la composición y marcha de las columnas de asalto, hasta el extremo de determinar la posición que debía ocupar cada zapador—un simple soldado—y el material que debía conducir; se han ensayado pacientemente los mejores sistemas de paso de fosos, de destrucción de alambradas y defensas accesorias, de escalada de muros, de lanzamiento de materias incendiarias, de ataque por la artillería; se han estudiado, sometiendo siempre las deducciones a la sanción de la práctica, la manera de progresar bajo el fuego enemigo, la combinación de los fuegos de cañón, obús, mortero y fusil con el avance de la infantería. Y todo ésto ha llegado a ejecutarse de un modo casi mecánico, de ese modo que el ejército alemán ha enseñado a los demás ejércitos del mundo. Para que fallara esa preparación, se hubiera necesitado que los fuertes de Lieja hubieran albergado un corazón del temple de los Alvarez de Castro, Todleben, Denfert, Osmán... Sólo con esta condición las plazas fuertes rinden todo su fruto y legan su nombre a la posteridad.

Y el ejército belga es un ejército joven, no está acostumbrado, ni por su número corto es posible que se acostumbre, a medirse con los colosos de la guerra, llámense franceses o alemanes, ni tampoco en la presente ocasión tenía que defender una causa de orden genuinamente nacional. Los ditirambos que se le han prodigado más contribuyen a su descrédito que a su buen nombre. En las circunstancias en que se encontraba ha cumplido con su deber, que es todo lo que puede decirse, y no es poco, de unas tropas que de improviso se han encontrado frente al invasor.

No quiero recargar aun más los negros colores del cuadro, bastante triste para los belgas, ocupán-

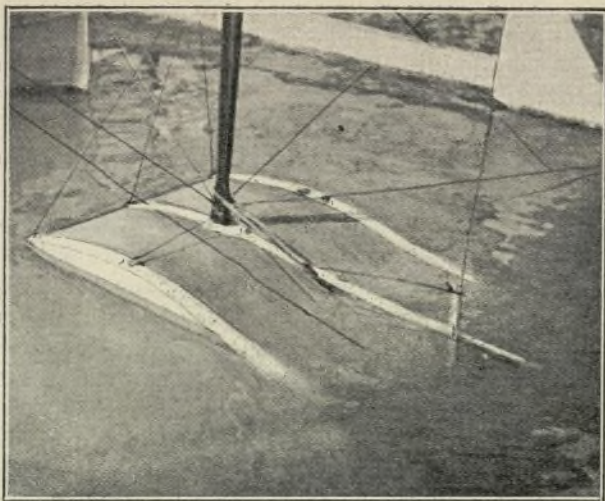
dome en las defensas de Namur y en la escasa resistencia que ha presentado esta plaza.

Dejo la palabra a un conocido crítico militar extranjero, que dedica a este acontecimiento las siguientes líneas:

«La posición de Namur era de extraordinaria importancia para el buen éxito de la campaña de los aliados. Su posesión era vital para los franceses, toda vez que allí se unen las líneas del Sambre y del Mosa, y ofrece una cabeza de puente por donde las tropas francesas podían desembocar hacia el N. o el E.; estaba defendida por obras permanentes de la misma fecha que las de Lieja, y se dispuso de sobrado tiempo para completar las defensas y llevar a la plaza un grueso cuerpo de tropas que reforzaran a la cuarta división belga que formaba su guarnición normal. Y sin embargo, la plaza ha caído en un par de días, como una ciudad abierta, a los ataques alemanes.»

EL INSTINTO EN LA TÁCTICA FRANCESA

Hace aproximadamente un año, nuestro ilustre colaborador, el señor marqués de Zayas, nos dió a conocer un artículo publicado en el *Militär Wochenblatt*, órgano del Grande Estado Mayor alemán, escrito en el cual se fijaba el diferente concepto que los franceses y los alemanes tienen en estrategia y en táctica. En él se encuentra la explicación de esa acción atrevida de los alemanes en Bélgica y el mayor método, la prudencia que hasta ahora ha presidido los movimientos franceses. Damos a continuación un extracto del artículo, más interesante hoy que cuando fué escrito, porque los hechos lo han confirmado en todas sus partes.



Apoyos que sirven de sustentación a los hidroplanos sobre el agua

«La dirección suprema de los ejércitos en Francia persigue la idea fundamental de mover las tropas de tal modo, que pueda atenderse a todas las posibilidades, no dejando nunca nada al azar. Y por esto los ejércitos se dirigen contra el enemigo, formados con mucho fondo y un frente muy reducido, evitando los amplios movimientos envolventes, con tendencia a la concentración, y llevando al ataque el grueso de las fuerzas, metódicamente y no por sorpresa, sólo cuando los combates de fracciones del ejército destacadas hayan descubierto la situación y el punto vulnerable del enemigo. Esta idea estratégica nos resulta casi incomprensible, porque es totalmente opuesta a la nuestra. También hay en Francia una moderna escuela que condena estos procedimientos de guerra, vacilantes y a la expectativa, y en los cuales se subordina la voluntad propia a la del enemigo, puesto que buscan sólo posibilidades, en lugar de crearlas. Empero, estas voces resuenan sin eco en los reglamentos; ni siquiera bastan para convencer y advertir, señalando los testimonios de la historia. Explicase tal tenacidad en los métodos, acudiendo a la cuna de las ideas, donde reside lo inconsciente, pues por experiencia propia se sabe que las mejores razones no sirven para persuadir, cuando en lo profundo de nuestro corazón habla en contra de todas las argumentaciones un algo que no puede definirse. Con este poder se adueña de nosotros el instinto.

Si observamos que el francés es por naturaleza un aficionado y maestro del florete — un puñal alarado — y que la tendencia de la lucha con esta arma consiste en estudiar con fintas astutas el juego del enemigo, poniéndolo nervioso é induciéndole a descubrirse, para lanzarse entonces elásticamente a fondo y clavarle el largo puñal en medio del corazón, comprenderemos la gran semejanza entre esta lucha individual y la estratégica de las tropas. El frente reducido y la delgada y larga formación en

profundidad, revelan claramente el juego del florete. Los numerosos y pequeños destacamentos a vanguardia de los ejércitos que, tan pronto aquí como allá, excitan al enemigo y le obligan a empeñarse inoportunamente, corresponden a las fases preparatorias del florete. Movilidad, maniobra, es el alma del florete; maniobra es el alma de la dirección de las tropas. Se evita el movimiento envolvente iniciado por el despliegue, se evita la estocada al costado o flanco, porque en el florete se produce así un descubierto peligroso; únicamente debe tirarse sobre el flanco enemigo cuando éste, por torpeza, lo presente. En los duelos a florete no es la ofensiva en sí lo que decide la suerte, sino el golpe bien dirigido al corazón. Y lo mismo en la lucha de masas.

¡De cuán distinta manera obra el alemán! Coje al enemigo por el pecho con la mano izquierda y lo raja con la derecha. Traducido tácticamente: lo detiene vigorosamente de frente, procurando el golpe contra el flanco desde lejos; avanza sin titubeos y con un paso amenazador sobre el enemigo, y trata de ahogarlo estratégicamente con los dos brazos. Muy claro se ve, por lo tanto, que el método de lucha está arraigado en la naturaleza y carácter, y de qué manera el instinto domina los propósitos elementales.

En la táctica, la misma idea que en la estrategia. El francés evita el combate de encuentro, cuyo resultado depende de la casualidad y en el cual la situación es incierta o indefinida. Prefiere siempre el ataque metódico, con la idea predominante de maniobrar, para atraer y excitar, hasta que, adquiridas noticias seguras sobre las disposiciones del enemigo, puedan empeñarse las fuerzas del grueso, mantenidas a cubierto, en un ataque contra el punto débil del enemigo. El ataque lo descompone el francés en tres partes: preparación, ejecución y terminación. Esta división es interesante, por cuanto representa el sistema o esquema según el cual aprende y ejercita la esgrima.

Examinando, aunque ligeramente, las particularidades del ataque francés veremos en él la tendencia del asalto



Tambor de un regimiento de tiradores siberianos



Trasporte a brazo de artillería pesada rusa

a florete, aunque transportada a lo grandioso.

Los despliegues contra el frente enemigo, en apariencia sólidos y en realidad sueltos y poco consistentes, son imagen de las fintas; irrupción del centro contra el centro es la estocada al corazón; y las reservas mantenidas a retaguardia y no empleadas en la irrupción, son la mano izquierda que, al caer a fondo, se extiende hacia atrás para mantener el equilibrio del cuerpo y comunicar al golpe mayor furia... El genio radica en el alma; el genio lo produce el pueblo, como expresión de su voluntad. Reconociendo esta verdad y con la mirada puesta en Napoleón, es aventurado el afirmar que a los franceses les falta espíritu ofensivo. El francés es en el fondo de su alma ofensivo, sólo que los medios de la ofensiva, los símbolos externos de ésta, son distintos de los germanos. Y aunque también sabemos de Königratz que Benedek perdió la batalla porque no atacó en el momento oportuno—como magnate magyar manejaba el sable curvo—tampoco puede asegurarse que un francés hubiera fracasado en aquella ocasión, sino que, al contrario, hay que esperar de él que, siendo buena el arma y bien reconocida la debilidad del enemigo, le dirá la naturaleza: «Ahora es el momento de la irrupción.» Un jefe genial no desprovecha nunca el momento oportuno.

Así se concibe también que en la táctica, como en la estrategia, no hayan sido comprendidas, en la propia nación, las lamentaciones de modernos escritores militares franceses. El historiador militar moderno advierte los peligros de un ataque en masa, antes de obtener la superioridad del fuego, aconseja que las reservas no se destinen al choque, sino que se empleen en reforzar y extender el fuego, y considera, al propio tiempo, con espanto, que el retener las reservas para la maniobra es una inducción fatal a la expectativa irresoluta y vacilante. Pretende, por lo tanto, con el poder de la inteligencia, que iguale la táctica de todas las naciones, matar el poder del instinto, que crea y mantiene la vida. Porque el francés es, por herencia, apasionado y violento y muy diestro en la utilización del terreno. Su táctica de fuegos no tiene por objeto la destrucción del enemigo, manteniendo el fuego de tiradores durante mucho tiempo y con gran cuidado. No, lo esencial para él es el efecto moral que producen las ráfagas de fuego bruscas y breves; para él es decisivo e irreductible el avance incesante. El francés ama el *élan* y conoce las llamaradas de su pasión.

En la defensa, notamos el mismo sistema que en el ataque. Y aparecen aquí también las características del asalto a florete; guardias y fintas, paradas y contestaciones.

Para completar el cuadro, veamos el procedimiento en una posición defensiva, en la cual las líneas están dispuestas sucesivamente para cubrir el cuerpo de tropas maniobrero, la reserva principal destinada al choque en el momento y ocasión oportunos. Si el enemigo ataca y arrolla la primera línea, se retira ésta por ambos costados, encontrando aquel otra nueva, y así sucesivamente hasta que, cansado y agotado, sucumbe al golpe breve y enérgico de la reserva principal. Se ve aquí un procedimiento artificioso, creado por el instinto y la inteligencia. Pero la inteligencia trabaja en favor del instinto, nunca contra él.

Las normas de la necesidad absoluta y de la ley de evolución explican la adopción de tales artificios y su predominio en la táctica francesa. En los alemanes, desterró Clausewitz para siempre la estrategia y táctica geométricas de otros tiempos. En los alemanes encarnó este filósofo, porque es ingénita en los germanos la tendencia a la naturalidad, simple y sin revestimientos artificiosos. En los franceses es distinto. Después de un largo y exhuberante periodo de cultura, llegaron a comprender que la razón debía triunfar en la vida. Con la elasticidad, tan propia en ellos, y con los destellos apasionados de su instinto, consideraron la inteligencia como la fuerza avasalladora, a la cual todo debía someterse. Y así se atrevieron, hace poco más de un siglo, a erigir un altar a la diosa razón, despreciar el poder de lo desconocido. Además, la ciencia, la sabiduría de muchos antiguos, pasó por Francia hacia el nordeste de Europa. Y estos países encontraron en el siglo XVII en España e Italia el juego de los reyes en el reino de la inteligencia, el ajedrez, para cuyo estudio se fundaron escuelas en Francia, de fama universal. El tanteo prudente aclara la situación; el plan y la resolución se deducen de las jugadas del enemigo. Desde luego reconocemos la asombrosa semejanza entre el ajedrez y la táctica francesa.

Son, por consiguiente, el florete y el ajedrez, el instinto y la inteligencia, los creadores invisibles del arte de la guerra francés. La estrategia y la táctica son productos históricos, son la suma de evoluciones espontáneas, lo mismo en los franceses que en los alemanes. El instinto es el soberano: la inteligencia su ministro. El instinto crea la ofensiva; la inteligencia la regula.

LOS REFUERZOS DEL EJÉRCITO INGLÉS

El ministro de la Guerra inglés, lord Kitchener, tan conocido por sus campañas en el Sudán egipcio y por su eficaz intervención en la guerra contra los boers, está desplegando una actividad febril desde que se hizo cargo de su elevado puesto, poco después de declararse la guerra. La tarea que le incumbe es espinosa y casi rebasa las fuerzas humanas, porque el ejército británico no estaba preparado, instruido y educado para una guerra europea continental. En lo que cabe, lord Kitchener ha de poner mano, y seguramente la habrá puesto ya, en estas materias tan interesantes, pero los resultados, siempre lentos, es de temer que no comiencen a verse hasta mucho después de haber terminado el presente conflicto; más lenta todavía ha de ser la labor, que está por hacer, de formar el alma del ejército inglés, y de infundir un nuevo espíritu en armonía con los métodos de combate modernos.

Lo que más está a su alcance, reforzar los contingentes, aumentar la fuerza numérica del ejército, lo está llevando a cabo con una diligencia ejemplar. En su primer discurso en la Cámara de los Lores, apuntó ya aquel general que tal vez más adelante la nación tuviera que hacer sacrificios fuera de la esfera del voluntariado: velada alusión al servicio obligatorio, que inmediatamente palió aludiendo a los recursos de que aun podía disponer el Imperio, auxiliado por sus dominios y colonias.

La recluta voluntaria no cabe duda que aumentará el efectivo combatiente, y podrá conseguirse el alistamiento de muchos miles de hombres, aunque no parece que sean tantos como se prometen los ingleses. Aunque así fuera, el problema que se les ha presentado de modo inopinado, distaría mucho de quedar resuelto, porque no son hombres lo que hace falta en los campos de batalla, sino soldados, y el soldado, ménos en Inglaterra que en el resto de Europa, no se improvisa, ni se forma fácilmente.

En tres o cuatro meses, en seis, si la guerra se prolonga, los nuevos voluntarios habrán aprendido la instrucción elemental, sabrán evolucionar, obedecerán a sus oficiales, harán buen uso de su fusil, pero no serán soldados; les faltará el espíritu militar, carecerán de la cohesión indispensable para batirse contra un enemigo tan fuerte como Alemania, ignorarán por completo los métodos de guerra actuales, que sólo se aprenden a copia de tiempo, de constancia y en los campos de maniobra, y no pasarán de ser una muchedumbre más o menos compacta, que constituirá escaso peligro para sus enemigos. En la defensiva, todavía esa masa dará relevantes muestras de la impavidez del soldado británico y del desprecio a la muerte que siempre ha caracterizado en los momentos difíciles al hijo de aquellos países; pero esto no basta para vencer. Lo más que puede prometerse Inglaterra de esa recluta, es dar tiempo a que los rusos acaben su movilización y comiencen las operaciones formales; pero esta ventaja, que a primera vista parece decisiva, no lo es tanto si se considera que contra un ejército así improvisado no necesitan empeñar los alemanes sus mejores tropas de primera línea; si derrotan definitivamente a los franceses, los cuerpos de segunda línea son bastante para seguir la guerra contra los ingleses, en tanto que la flor del ejército se bate con los rusos.

Las circunstancias han impedido a Inglaterra hacer más, y debe reconocerse que hace todo lo que puede. No ejercerá en ningún caso el papel de árbitro o factor decisivo en la lucha en tierra, al revés de lo que acontecerá en el mar.

Si eso decimos del ejército verdaderamente británico, claro es que la importancia que debe atribuírse a los refuerzos que se anuncian van a llegar de Australia, Canadá, etc., todavía es menor; vendrán a desempeñar un papel análogo, por su efecto entorpecedor, a los belgas; nada más.

Los acontecimientos están demostrando elocuentemente que no es el número, sino la voluntad y el espíritu, lo esencial en los ejércitos; el factor moral no puede en muchos años estar en Inglaterra.

Lo triste sería que lord Kitchener asumiera la responsabilidad, si fracasan sus meritorios esfuerzos, del mal resultado obtenido; la culpa será del sistema, del medio ambiente en que ha vivido el ejército británico. En justicia, no cabe pedir al ministro inglés más de lo que está haciendo.

AVENTURAS DE UN CORRESPONSAL INGLÉS EN BÉLGICA

El corresponsal de *The Times* telegrafió a su periódico desde Ostende, el 24 de agosto, en los siguientes términos:

«Una partida de cinco voluntarios belgas sorprendió a cinco uhlanos cerca de Menin, ayer, matando a tres e hiriendo a los otros dos. Yo he visto a los muertos y heridos cuando los llevaban a la ciudad. Dos espías disfrazados de soldados belgas fueron cogidos en los alrededores de la misma ciudad y fusilados al amanecer del día siguiente.

»Mi chauffeur, que yo había puesto a disposición de un teniente de cazadores francés durante una hora, fué detenido al regresar de su excursión. Un ciudadano borracho, que decía ser oficial de la reserva, le ordenó que le condujese a la alcaldía, pero viendo que el muchacho no obedecía, lo denunció como espía y lo detuvo. Se le dieron un par de horas para que pusiera en orden sus asuntos, pero al fin fué puesto en libertad, y el borracho detenido por las autoridades francesas en Halluin, por no haber probado satisfactoriamente su identidad.

»Desgraciadamente, la cosa no paró ahí. Andaba yo en busca de mi última comida, cuando un policía francés y un guardia cívico belga me pidieron mis «papeles». Los mostré, pero evidentemente no produjeron el efecto apetecido, porque poco después el policía regresó con un capitán belga, que instantáneamente se dirigió a mí en alemán, diciéndome que yo y el chauffeur éramos sospechosos de ser espías alemanes. No sé lo que habría ocurrido si le contesto en el idioma de Goethe, pero salvé la situación poniéndole mi pasaporte bajo su nariz. Contestando a sus preguntas, le dije que era corresponsal de *The Times*, y como conservara un ejemplar del periódico en mi bolsillo se lo ofrecí. Me hizo un profundo saludo, y, hablando admirablemente el inglés, me dijo que había vivido en Inglaterra de niño y tendría el mayor placer en leer *The Times*.

»Así terminó la aventura, pero en el regreso nos presentaron las bayonetas al pecho y nos pidieron nuestros pasaportes por lo menos cinco veces cada milla.»

LA ARTILLERÍA ALEMANA Y LAS DOS INFANTERIAS

Los Comunicados oficiales franceses siguen ponderando las excelencias de su artillería y no hay motivo para ponerlas en duda, porque sin necesidad de aguardar lo que ahora se dice, se sabían hace ya tiempo. Hay que insistir en ellas, y a la vez hacer notar que al parecer la artillería francesa, sin abandonar su método especial de combate, toma siempre como principal objetivo la artillería enemiga.

No se conduce del mismo modo la alemana. Para ella, la acción concertada de las armas no es una frase huera, sino que la practica con admirable abnegación. El objetivo de los cañones alemanes es siempre la infantería enemiga, y se preocupa de la artillería francesa sólo cuando no se presenta blanco más importante que contrabater. Esto explica las grandes pérdidas que viene sufriendo en esta guerra, y la pérdida de varios cañones en los combates de Alsacia: sostiene a su infantería hasta el último momento, y es ella la que repele los ataques de la enemiga y prepara el avance de las tropas amigas. Despreciar el fuego de las piezas adversarias para concentrarlo sobre la infantería, es decir, prescindir de



Infantería rusa tomando la ofensiva en Gumbinnen (Prusia Oriental).

sí misma para cifrar todos sus esfuerzos en la ayuda de los demás, es conducta que merece toda clase de elogios y norma de acción que sólo puede alcanzarse mediante una instrucción perfecta, obtenida haciéndola maniobrar constantemente en combinación con la infantería, y una educación ejemplar que lleve a los artilleros la convicción de que la salud del ejército, y por consiguiente la suya propia, requiere que prescindan de sí misma y se sacrifique por la infantería. Justo es, por consiguiente, que se ponga en el lugar que merece tan relevante artillería.

En todas las batallas libradas hasta aquí, con muy raras excepciones, la lucha se ha entablado comenzando la ofensiva los franceses. Después de un tiro más o menos prolongado de la artillería, la infantería francesa se ha lanzado al asalto, obteniendo algunos éxitos a costa de pérdidas sensibles, y sólo cuando el fuego enemigo la ha empezado a quebrantar y el cansancio ha dejado sentir sus efectos, ha salido la infantería alemana de sus líneas y la ha rechazado, infligiéndole una derrota. Se ve en esto el *élan* francés, el impulso irresistible en los primeros momentos, y al mismo tiempo, la poca consistencia de los esfuerzos, pasajeros y de corta duración. Pero ello no ha de traducirse como defecto de la infantería, ni afecta a su bravura ni cohesión, sino que en general es culpa del mando, que no ha sabido o no ha podido preparar el refuerzo en el momento oportuno, refuerzo sin el cual los mayores sacrificios resultan estériles. Repetidamente en Alsacia, dos veces en Lorena, y luego a lo largo de toda la línea de batalla del día 24, se repiten los mismos hechos: ofensiva francesa irresistible, paralización del ataque después de las primeras ventajas, y contra-ofensiva alemana arrolladora e incontrastable que pone término a la batalla. Este método de combate seguido por los franceses no puede ser elogiado; debilita y quebranta la moral y el buen espíritu de las tropas, que forman de sí mismas un concepto inferior al que merecen, y realza el mérito de las adversarias, sin bastante fundamento. Conociendo las características del soldado alemán, debieran saber los franceses, desde el comandante de batallón arriba, que el enemigo no se amilana aunque en las primeras fases de un combate sufra reveses parciales, y que al contrario surge en el soldado francés la idea de que todos sus esfuerzos, su bravura y su ímpetu son inútiles. Esto es consecuencia de lo dicho en esta Revista; la idea de la ofensiva no ha llegado a encarnar en los franceses, es algo ficticio, sobrepuesto, que no forma parte de su modo de ser, y al frente del enemigo la ejercitan de un modo harto rudimentario y elemental, cabalmente en la forma y momento menos indicados.

Los alemanes, a su vez, están tan persuadidos de que han de tomar la ofensiva, que una pequeña retirada o un descalabro momentáneo no significan para ellos, desde el general al soldado, más que una de las muchas fases por que ha de pasar la ofensiva para llegar al resultado final; si para atacar al enemigo en la ocasión adecuada y favorable es menester antes someterse a su ofensiva, todo el mundo acepta la pasividad como el primer paso para realizar después un contra-ataque. De aquí el vigor que se observa en los avances alemanes, irresistibles en cuantas batallas los han ejecutado. La superioridad

moral está en el campo alemán antes ya de declararse la guerra, y ella pesa y ha de pesar aun mucho en el desarrollo de la misma. Esa superioridad, tan arraigada en el soldado, es un timbre de honor para aquel ejército, toda vez que demuestra que no sólo se ha ocupado en mejorar la instrucción profesional, sino que ha atendido a algo más importante, a la educación y a la formación del alma del soldado.

Si se confirman las noticias, que parecen verídicas, de viajeros procedentes de Bélgica, ante Lieja aparecieron por primera vez unos morteros de sitio, de gran calibre, unos cuarenta centímetros, de cuya existencia y ensayos nadie se había percatado antes de la guerra. La intervención de estas poderosas máquinas de guerra explicaría los destrozos causados por la artillería alemana en los fuertes permanentes y la facilidad con que eran apagados los fuegos de la defensa tanto en Lieja, como en Namur y en las plazas fuertes de la frontera francesa del N. E. Lo difícil no es construir esas piezas, sino montarlas en afustes o valerse de carruajes automóviles para conseguir que sigan o acompañen al ejército de operaciones. Hasta ahora, parque de sitio era sinónimo de material pesado, que formaba parte de la impedimenta y se movía con extremada lentitud. Este detalle confirma lo que tanto se ha dicho de la previsión alemana: los alemanes han preparado su ejército y sus elementos de combate para superar los obstáculos que habían de presentárseles en caso de guerra, y para ello lo primero que hicieron es estudiar cuáles habían de ser esos obstáculos; la manera mejor de vencerlos no era ya más que cuestión de tiempo, paciencia, estudios y ensayos. Para ellos la guerra no es una cosa abstracta, como generalmente sucede, sino algo muy concreto y definido. Este es uno de los secretos de su fuerza.

ZONA DE LOS EJÉRCITOS FRANCESES DEL N. E.

El territorio puesto bajo las órdenes del comandante en jefe (general Joffre) de los ejércitos del NE., denominado «zona de los ejércitos del NE.», comprende los distritos de Valenciennes, Cambrai y Avesnes en la 1.^a región; los de Mezières, Laon y San Quintín, en la 2.^a; los de Reims, Châlons-sur-Marne y Verdun, en la 6.^a; toda la 20.^a; toda la 21.^a; los distritos de Vezoul y Belfort, en la 7.^a

Esta zona corresponde a los departamentos (provincias) del Norte, Aisne, Ardennes, Meurthe-et-Moselle, Meuse, Aube, Marne, Haute Marne, Vosgos, Haute Saona, Doubs y territorio de Belfort.

El mando del comandante en jefe se extiende, no sólo sobre las tropas del territorio, sino también sobre las plazas fuertes de toda la demarcación.

LAS CONSTRUCCIONES NAVALES EN 1913

Tomamos de *The Engineer*, la siguiente interesante reseña de las construcciones navales a cargo de las diversas naciones en 1913.

El rasgo distintivo de los barcos botados al agua en 1913 es la disposición de las torrecillas, cinco en

general, en la línea del eje longitudinal, con la sola excepción del barco español Alfonso XIII. Aparece la cuádruple torre en Francia; el abandono de la triple torre en Italia, a la vez que la admiten los Estados Unidos; y la tendencia a aumentar el calibre de los cañones y disminuir por consiguiente el número de torres.

En cuanto a la rapidez, se retrocede a la de 21 nudos. En lo relativo a las corazas, se tiende a aumentar la protección, correspondiendo el primer lugar en este orden de ideas a Alemania. En Francia se adopta definitivamente el tipo de cuatro torres. Es indudable que en el porvenir se procurará reunir el mayor número posible de cañones en el menor número de torres.

En los barcos pequeños, se ha extendido considerablemente la aplicación de la coraza delgada, de menor espesor que la que antes se ponía a los cruceros llamados protegidos.

Aumenta el número de barcos con turbinas, al mismo tiempo que disminuye el empleo de calderas de vapor.

Aunque los barcos no han sido aun botados al agua, conviene tener presente que Francia se ha puesto a la misma altura que Inglaterra y Alemania en proyectar pequeños cruceros, que probablemente se emplearán como destructores de destroyers.

Para 1915, la adopción del cañón de 37,5 centímetros será casi universal. Aunque el torpedo ha hecho también grandes progresos, se admite que no puede rivalizar con el cañón. A la vez que aumenta el calibre, se hace mayor la carga explosiva de pólvora muy viva. Nada tendría de extraño que todavía aumentara más el calibre, que se rebasara muy pronto el de 40 centímetros.

He aquí ahora el resumen de los barcos botados en 1913, con indicación de sus principales características:

Acorazados

Inglaterra: Queen Elisabeth, 27.500 toneladas, ocho cañones de 37,5; 12 de 15; 58.000 caballos; 25 nudos; turbinas Parsons; cuatro torres en el eje. Warspite, igual al anterior. Benbow, 25.000 toneladas; 10 cañones de 34 centímetros; 12 de 15; 30.000 caballos, 21 nudos; turbinas Parsons; cinco torres en el eje. Emperor of India, igual al anterior. Tiger, 28.000 toneladas; 8 cañones de 34 centímetros, 12 de 15; 75.000 caballos; 28 nudos; turbinas Brown-Curtis, cuatro torres en el eje.

Brasil: Rio de Janeiro, 27.500 toneladas; 14 cañones de 30,5 centímetros, 20 de 15; 45.000 caballos; 22 nudos; turbinas Parsons; siete torres en el eje.

Chile: Almirante Latorre; 28 000 toneladas; 10 cañones de 35,5 centímetros, 16 de 15; 40.000 caballos; 23 nudos; turbinas; cinco torres en el eje.

España: Alfonso XIII, 15.700 toneladas; 8 cañones de 30,5 centímetros, 20 de 10; 15.500 caballos; 19,5 nudos; turbinas Parsons; dos torres en el eje y dos laterales.

Francia: Bretagne, 23.550 toneladas; 10 cañones de 34 centímetros, 22 de 14; 29.259 caballos; 20,5 nudos; turbinas Parsons; cinco torres en el eje. Lorraine, igual al anterior; Provence, igual al primero.

Imperio Alemán: Koenig, 25.500 toneladas; 10 cañones de 35,5 centímetros; 12 de 15; 34.000 caballos; 21,5 nudos; turbinas; cinco torres en el eje. Grosser Kurfurst, igual al anterior. Markgraf, igual al primero. Prinz Regent Luitpold, 24.700 toneladas; 10 cañones de 30,5 centímetros; 14 de 15; 25.000 caballos; turbinas Parsons; tres torres en el eje y dos torres laterales. Derflinger, 25.000 toneladas; 8 cañones de 30,5 centímetros; 12 de 15; 63.000 caballos; turbinas Parsons; cuatro torres en el eje. Lutzow, 27.400 toneladas; 8 cañones de 30,5 centímetros; 12 de 15; 80.000 (?) caballos; 28 nudos; turbinas; cuatro torres en el eje.

Italia: Duilio, 22.000 toneladas; 13 cañones de 30,5 centímetros; 16 de 15; 24.000 caballos; turbinas Parsons; cinco torres en el eje. Andrea Doria, igual al anterior.

Japón: Fu-So, 30.000 toneladas; 10 cañones de 35,5 centímetros, 16 de 15; 45.000 caballos; 22,5 nudos; turbinas Parsons; cinco torres en el eje. Haruna, 27.500 toneladas; 8 cañones de 35,5 centímetros; 16 de 15; 68.000 caballos; 27 nudos; turbinas Parsons-Curtis; cuatro torres en el eje. Kirishima, igual al anterior.

Rusia: Imperitza María, 22.500 toneladas; 12 cañones de 30,5 centímetros, 22 de 15; 25.000 toneladas; 21 nudos; turbinas Parsons; cuatro torres en el eje. Ekaterina II, igual al anterior.

Turquía: Rechadiéh V, 23.000 toneladas; 10 cañones de 34 centímetros; 16 de 15; 20.000 toneladas; 21 nudos; turbinas Parsons; cinco torres en el eje.

Barcos pequeños

Inglaterra: Nottingham, 5.400 toneladas; 9 cañones de 15 centímetros; 22.000 caballos; 24,75 nudos; turbinas Parsons. Birmingham, igual al anterior; Lowestoft, igual al primero. Arethusa, 3.700 toneladas; dos cañones de 10 centímetros; 40.000 caballos; 30 nudos; turbinas Brown-Curtis. Aurora, igual al anterior. Undaunted, igual a los dos anteriores.

Austria: Novara, 3.500 toneladas; 9 cañones de 10 centímetros; 25.000 caballos; 27 nudos; turbinas Curtis. Otro sin nombre, 1.000 toneladas, para fondear torpedos; turbinas.

Brasil: Javary, 1.200 toneladas; 2 cañones de 15 centímetros; 11,5 nudos; turbinas, Solimoes, igual al anterior. Madeira, igual al primero.

Francia: Plutón, 566 toneladas, 1 cañón de 8 centímetros; 6.000 caballos; 20 nudos.

Alemania: Graudenz, 4.900 toneladas; 12 cañones de 11 centímetros; 25.500 caballos; 28 nudos; turbinas.

CUARTELES GENERALES DE LOS CUERPOS DE EJERCITO ALEMANES

Guardia (1.^a y 2.^a división de infantería y división de caballería): Berlín.

1.^{er} cuerpo (1.^a división, Koenigsberg; 2.^a, Justenburg): Koenigsberg.

2.^o cuerpo (3.^a división, Stettin; 4.^a, Bromberg): Stettin.

3.^{er} cuerpo (5.^a división, Francfort-am-Oder; 6.^a, Brandeburg): Berlin.

4.º cuerpo (7.ª división, Magdeburg; 8.ª, Halle): Magdeburg.

5.º cuerpo (9.ª división, Glogau; 10.ª, Posen): Posen.

15.º cuerpo (30.ª división, Strasburg; 39.ª, Colmar): Strasburg.

16.º cuerpo (33.ª división, Metz; 34.ª, Metz): Metz.



Desembarco en las costas francesas de ganado y material de artillería inglés

6.º cuerpo (11.ª división, Breslau; 12.ª, Neisse): Breslau.

7.º cuerpo (13.ª división, Münster; 14.ª, Düsseldorf): Münster.

8.º cuerpo (15.ª división, Colonia; 16.ª, Tréveris): Coblenza.

9.º cuerpo (17.ª división, Schwerin; 18.ª, Flensburg): Altona.

17.º cuerpo (35.ª división, Thorn; 36.ª, Dantzig): Dantzig.

18.º cuerpo (21.ª división, Francfort-am-Mein; 25.ª, Darmstadt): Francfort.

19.º cuerpo (37.ª división, Allenstein; 41.ª, Deutsch-Eylau): Allenstein.

20.º cuerpo (24.ª división, Leipzig; 40.ª, Leipzig): Leipzig.



Artillería rusa en marcha

10.º cuerpo (19.ª división, Hannover; 20.ª, Hannover): Hannover.

11.º cuerpo (22.ª división, Cassel; 38.ª, Erfurt): Cassel.

12.º cuerpo (23.ª división, Dresde; 32.ª, Dresde): Dresde.

13.º cuerpo (26.ª división, Stuttgart; 27.ª, Ulma): Stuttgart.

14.º cuerpo (28.ª división, Carlsruhe; 29.ª, Friburg): Carlsruhe.

21.º cuerpo (31.ª división, Saarbrück; 42.ª, Augsburgo): Saarbrück.

1.º bávaro (1.ª división, Munich; 2.ª, Saarburo): Munich.

2.º bávaro (3.ª división, Landau; 4.ª, Wutzburgo): Wutzburgo.

3.º bávaro (5.ª división, Nuremberg; 6.ª, Ratisbona): Nuremberg.

CRONICA MILITAR

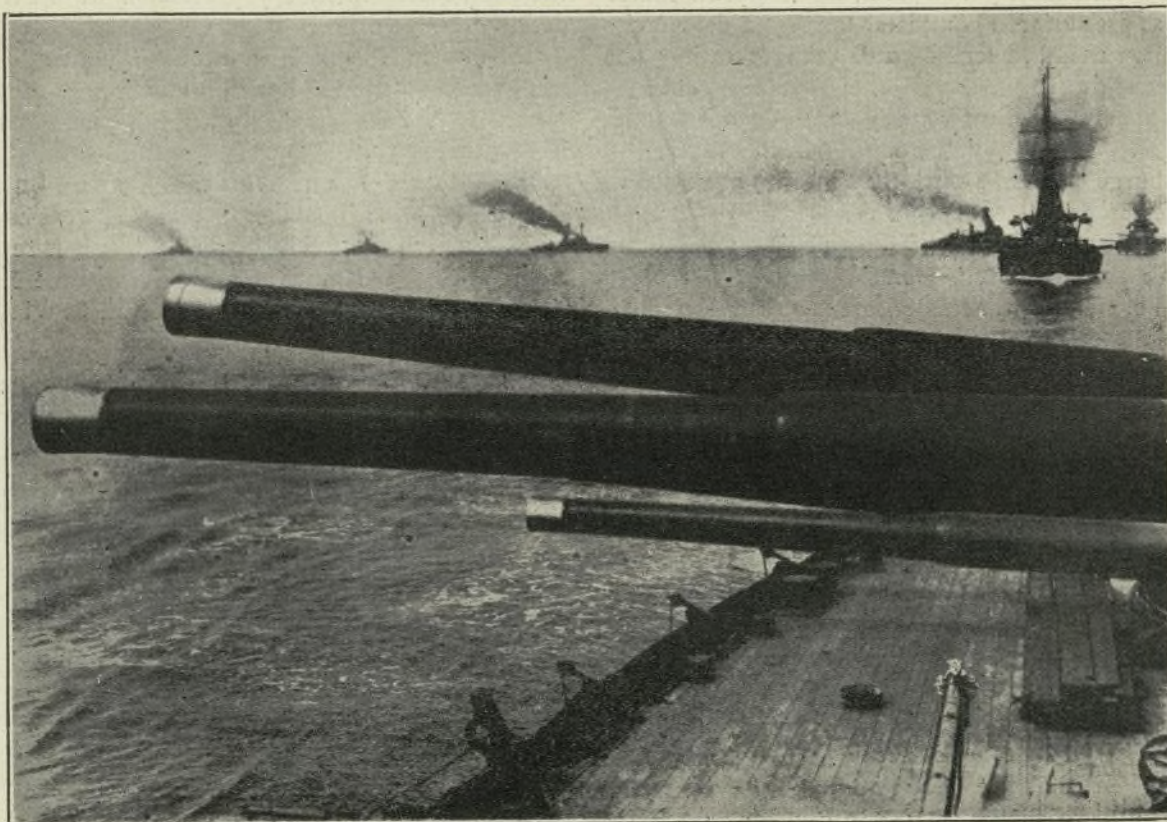
I. Retirada de los aliados desde el 25 de agosto al 3 de septiembre.—II. La situación el día 16 de septiembre.—III. Operaciones en la frontera ruso-alemana.—IV. Operaciones en la frontera austro-rusa.—V. Operaciones navales.—VI. La ofensiva francesa.

I.—Retirada de los aliados desde el 25 de agosto al 3 de septiembre

Después de la derrota de Charleroi, los aliados se replegaron en desorden hacia las plazas del N. de Francia, confiando, acaso, en que las fortificaciones detendrían al invasor. Pero la desmoralización y el desorden de un ejército que se bate en retirada no es el espectáculo más apropiado para realzar y fortalecer el espíritu de las tropas encargadas de contener

ni a la pérdida de serenidad del gran cuartel general de los aliados, sino que era impuesta por la situación general.

El ejército francés de Lorena, parcialmente distribuido en los fuertes del E., y con su masa principal cerca de Verdun, había sido atacado de frente, en el valle del Mosela, y envuelto, por el N., por el ejército alemán de Luxemburgo; de suerte que una rápida retirada del ejército aliado del N., hubiera dejado aislado y en posición azarosa al ejército de



La escuadra inglesa en línea de fila. Cañones de 34 centímetros del super-dreadnought *Iron Duke*

a un enemigo victorioso, y los alemanes, por otra parte, saben hasta qué punto han de conceder atención a las plazas fuertes, y disponen de los medios de guerra adecuados para abatir la resistencia de las fortalezas. Fracasó, por consiguiente, la primera tentativa francesa para detenerse en la línea cuyo centro está en Maubeuge, y de la misma manera resultaron estériles las contra ofensivas llevadas a cabo después a la altura de Rethel y Reims. El enemigo, lejos de paralizar su avance por la oposición de esos débiles esfuerzos de los aliados, los aprovechaba para tomar algún reposo, poner orden en las columnas y proseguir la persecución con más vigor. Los aliados se conducían del modo más conveniente a los alemanes, puesto que eran ellos los que se preocupaban de que no se perdiera el contacto entre vencidos y vencedores.

Esa lenta retirada, realmente desastrosa, de los aliados, no obedecía a impericia del general Joffre,

Lorena: era la completa ruptura del frente de batalla, tan ardientemente perseguida por los alemanes. El ejército de Alsacia, a su vez, tenía que hacer frente a un ataque que tendía a separarle del de Lorena. Y finalmente, la izquierda de los aliados, ocupada por los ingleses, era el punto de más importancia estratégica, por el peligro de envolvimiento, y en la que se encontraban las tropas de menos valor.

De esta suerte, la retirada precipitada del ejército del N., implicaba el aislamiento del ejército de Lorena, condenado a perecer—como el de Bazaine en 1870—tras los muros de las fortificaciones. Había que dar la mano y establecer el enlace con las tropas de Lorena, y al mismo tiempo era menester reforzar el ala izquierda. A este efecto, ya desde el 24 de agosto, los nuevos cuerpos que iban llegando al frente de batalla fueron dirigidos, en plena marcha, hacia el O., y pasaron a ocupar el extremo izquierdo,

en lugar de los ingleses, que fueron llamados más al centro, a donde se habían dirigido forzosamente, empujados por el movimiento envolvente de los alemanes comenzado el día 22. Probablemente, se prescribió al ala izquierda del ejército de Lorena que se retirara hacia el O., iniciando el movimiento general de aquel en dirección al ejército del Norte; pero aquella ala, lo mismo que el resto de las tropas de Lorena, estaba fuertemente empeñada en lucha con el enemigo, y no fué posible el giro en buenas condiciones, a menos de comprometer a toda la masa francesa del E. Como consecuencia, el ejército del N. se inclinó hacia el S. E., para apoyar su izquierda en París, su derecha en las plazas del E., y librar una batalla bajo favorables auspicios. Esta era la situación en las jornadas del 31 de agosto y 1 de septiembre.

Los alemanes, por su parte, victoriosos en Charle-roi, se propusieron completar la derrota del ejército enemigo del N., haciendo cada vez más enérgica la persecución; empujar todo el ejército hacia el S. E., para apartarlo del mar, base natural de operaciones y abastecimientos; e introducir el ejército de Luxemburgo en forma de cuña entre los aliados y los franceses de Lorena, para cercarlos y destruirlos. Un avance por el N., de Belfort debía contribuir al buen resultado de esta operación.

Si el ejército francés de Lorena se hubiese replegado el día 25 o el 26, dejando la línea de fortalezas entregada a sus propias fuerzas, y antes de que el ejército alemán de Luxemburgo entrara violentamente por el boquete de Verdun, es probable que el general Joffre pudiera realizar de un modo satisfactorio la última parte de su retirada, y el grueso francés llegara a ocupar una posición fuerte y con los dos extremos asegurados. Pero la presión alemana sobre las tropas de Lorena engañó al general Pau, quien no advirtió que el peligro no estaba en los alemanes que tenía a su frente, sino en los que procedentes de Bélgica y de Luxemburgo iban en seguimiento del general Joffre, porque fatalmente se colocarían a su espalda y lo envolverían.

A juzgar por las escasísimas noticias comunicadas por el Ministerio de la Guerra francés, el general Joffre realizó grandes esfuerzos para no ser cortado del ejército de Lorena, pero le fué imposible resistir el avance de las tropas alemanas de Luxemburgo, casi intactas y penetrando a modo de cuña entre las dos grandes masas francesas; convencido de la ineficacia de su acción, no había ya para qué seguir lentamente la retirada, y ordenó a los aliados que marcharan a toda prisa hacia el S; el contacto entre los dos ejércitos, alemán y francés, se perdió el día 3.

II.—La situación el día 6 de septiembre

Los franceses, a causa del error inicial de su concentración y de las derrotas padecidas desde el 22 de agosto al 2 de septiembre, han sido arrojados al E. y al S. E. de París, región la menos conveniente para ellos: 1.º porque les aleja del mar, por donde reciben refuerzos y víveres; 2.º porque las fronteras suizas y las ramificaciones de los Alpes provocarían un desastre si sufren una derrota decisiva; 3.º por la proximidad de esta región a la frontera alemana, lo cual acorta las comunicaciones del ejército del Kaiser;

4.º porque no obliga a los alemanes a subdividir sus fuerzas, empleando una parte de ellas en la guerra de sitios y el resto en combatir al ejército de operaciones, y les facilita la unidad de mando y el concierto de acción. Basta echar una ojeada sobre un mapa para comprender que no podían los alemanes desear una situación más favorable, a los veinte días de iniciada la ofensiva, ni encontrarse los franceses en otra peor.

No creo sea necesario demostrar que para la prolongación casi indefinida, o por lo menos muy larga de la guerra, objetivo que les ha de poner en condiciones de obtener el éxito final, convenía a los aliados alejarse de la frontera, acercarse al litoral del Atlántico, sólidamente asegurado por sus barcos, y obligar al enemigo a internarse en territorio francés para que debilitase y fraccionase sus fuerzas en guarniciones, destacamentos y protección de las líneas de etapas.

Una retirada hacia el O. efectuada a tiempo, del 22 al 26 de agosto, hubiera sido mucho más ventajosa para los aliados que cualquier victoria que ahora puedan obtener.

Completado el envolvimiento de la izquierda francesa, y con la caballería alemana entre ésta y el O., el objetivo alemán ha de ser conseguir la separación completa y definitiva de los ejércitos de Joffre y de Pau, para cercar y destruir el segundo y batir y dispersar el primero. Recordando los métodos observados por los alemanes desde el 4 de agosto, no emprenderán esta maniobra hasta que la hayan preparado bien; entre tanto, amagarán ataques, se mantendrán a la defensiva en algunos puntos, retrocederán en otros, pero el movimiento de fuerzas tendrá lugar activamente detrás del frente de batalla, y cuando esté terminado comenzará la segunda fase decisiva de esta guerra. El ejército de Pau, en particular, corre gravísimos peligros, porque hace días que se está dibujando un terrible movimiento envolvente contra él.

El 26 de agosto, el efectivo de las tropas inglesas a las órdenes del general French era de 90.000 hombres; la quinta parte de esa fuerza fué puesta fuera de combate en las jornadas comprendidas entre el 21 de agosto y el 2 de septiembre.

III.—Operaciones en la frontera ruso-alemana

Puedo ya dar a conocer a grandes rasgos lo acaecido en la frontera de Prusia Oriental, desde el 14 de Agosto al 6 de septiembre.

Cuatro cuerpos de ejército rusos (no enteramente movilizados) y tres divisiones de caballería, en total unos 150.000 hombres, avanzaron hacia la frontera alemana en tres direcciones: Kovno-Koenisberg, Bialystok y Varsovia hacia Soldau y Graudenz, y Varsovia-Thor: 150.000 alemanes cubrían la línea Koenisberg-Graudenz-Thor-Posen, manteniendo a vanguardia, en la frontera, destacamentos de observación (1).

Los rusos entraron por Eydtkunen, rechazando a un pequeño cuerpo alemán, y trabaron un encar-

(1) En uno de los próximos números repartiremos, en hoja suelta, un excelente mapa de este teatro de la guerra, que está ya terminado y supera a todos los publicados hasta el día (Nota de los E).

nizado combate en Gumbinnen y Stalluponen en el camino de Intersburg, con las vanguardias del cuerpo alemán concentrado en Koenisberg, el 17 de agosto, rechazándolas hacia el O., a pesar de la obstinada resistencia de los alemanes. Casi al mismo tiempo, la segunda columna rusa derrotaba a los alemanes que en corto número se hallaban en Soldau, y avanzaba hacia Lobau; la tercera columna quedó detenida en el Vístula, sin poder llegar a la frontera alemana; dos divisiones de caballería adelantaron por Ortelsburg, libraron con fortuna un combate contra una columna mixta alemana, y rebasaron Allenstein.

Ni por los efectivos empleados, ni por lo descosido de los esfuerzos, ni siquiera por el empeño puesto en el avance, estas operaciones merecen el nombre de invasión; no eran más que los preliminares de la guerra, incursiones destinadas a dificultar la concentración enemiga, poner a cubierto de un ataque el país propio y tomar posiciones y adquirir ventajas para cuando comenzara seriamente la guerra. Y a ellas no les dedicaría más que algunas líneas, si los despachos telegráficos y las noticias de la prensa, no hubieran exagerado hasta el ridículo su alcance, enumerando las centenas de miles rusos y alemanes, los muchos millares de prisioneros y centenares de cañones conquistados por los rusos, y la extraordinaria importancia estratégica de los puntos ocupados por los moskovitas. Es probable que ese intempestivo y contraproducente avance de los rusos, lo mismo que la precipitada concesión de la autonomía de Polonia, respondieran en primer término al objetivo político de contener el alzamiento, que se había producido ya, de los polacos, poniéndoles de manifiesto el incontestable poder del imperio ruso.

Como quiera, los alemanes ni se impresionaron por esa actividad, tan contraria a los métodos moskovitas, ni se dejaron llevar a una acción inmediata e irreflexiva; aguardaron que la situación se despejara. Una vez convencidos de que las dos masas de Lobau y de Intersburg, ni eran muy fuertes, ni estaban bien enlazadas, concentraron tropas (probablemente 70.000 hombres) en la región de Morienburg, y movieron algunas tropas al N., de Dantzic.

Durante quince días, los rusos fueron dueños de casi toda la frontera, al N. de Thor, habiéndose internado como máximo unos 95 Km., en territorio alemán, en la región de Koenisberg. El 1.º de septiembre, los alemanes tomaron la ofensiva: la caballería rusa, único enlace entre las dos masas, fué puesta en dispersión, y las tropas del Kaiser, en la dirección de Allenstein, amenazaron de revés al cuerpo ruso de Soldau, que se vió en peligro de ser acorralado sobre el Vístula; retrocedió precipitadamente, después de un combate desgraciado para sus armas, internándose en la Polonia. La masa rusa del N., amenazada por los dos flancos y batida en el centro, se pronunció igualmente en retirada. Una contra-ofensiva de seis días bastó para limpiar de rusos la Prusia Oriental. Posteriormente, no se han recibido noticias de San Petersburgo sobre lo que acontece en este teatro. Conviene advertir que la ligera exposición que antecede se basa exclusivamente en partes e informaciones rusas e inglesas, porque los alemanes no han dicho una palabra, observando

la misma conducta que en el teatro occidental.

Ni el fugaz éxito de los rusos, ni el subsiguiente de los alemanes, han revestido verdadera importancia, ni tendrán consecuencias directas en el resultado de la guerra. He de insistir una vez más en que ésta, la gran guerra, el tremendo choque entre rusos y alemanes, no ha empezado todavía, y pasarán algunas semanas antes de que comience, porque si bien los alemanes hace muchos días que están movilizados y concentrados, no disponen de fuerzas suficientes para tomar una ofensiva a fondo; los preparativos militares de Rusia, que se creía podían quedar ultimados, en lo esencial, antes del 15 de septiembre, no se han ejecutado con la actividad anunciada.

IV.—Operaciones en la frontera austro-rusa

Ni los austriacos ni los rusos guardan la contención de los alemanes en lo que se refiere a las informaciones militares. Las noticias que se reciben de los combates en la frontera austro-rusa, son contradictorias, abundando, como es natural, las favorables a Rusia. Para comprender, hasta cierto punto, lo que acontece, bueno es no olvidar lo sucedido cuando los rusos libraron los primeros combates en la frontera alemana: lo menos que se decía era que Berlín iba a abrir sus puertas a los cosacos, antes de quince días, y que los ejércitos del Kaiser habían sido aniquilados; cuando han sido repelidos los rusos, un piadoso silencio ha ocultado este primer descalabro, que—lo repito—no influirá apenas en el desarrollo de la guerra. Ahora es Viena la capital amenazada, y los austriacos han perdido centenares de miles de hombres e innumerables cañones.

Aunque desconfío de todo lo que se dice acerca del choque austro-ruso, no puedo menos de creer que en Lublin y Lemberg ha habido combates serios. Lublin está en la Polonia rusa y Lemberg en territorio austriaco.

Desde el 25 de agosto se nos están refiriendo las fases de la batalla de Lublin, que aun seguía figurando en los telegramas el 6 de septiembre; los combates de Lemberg comenzaron—según las mismas fuentes—el 28 de agosto y concluyeron el 4 de septiembre, desastrosamente para los austriacos. No me explico cómo la batalla de Lublin ha sido una victoria austriaca, o ha quedado indecisa (versiones austriaca y rusa), mientras en Lemberg eran destrozados los austriacos. Lemberg era hasta fecha reciente, plaza abierta, y como los fuertes no se improvisan, hay que descartar cuanto ha dicho la prensa sobre las formidables defensas de aquel punto.

La impresión que se forma leyendo todo lo que transmite el telégrafo es la siguiente: los austriacos tomaron la ofensiva a mediados de agosto, sin haber concluido sus preparativos, llevando la guerra a la Polonia rusa y obteniendo algunos éxitos parciales. A los pocos días, la contra-ofensiva rusa dejó sentir su peso, rechazando al centro austriaco y obligándole a repasar la frontera, con lo cual los rusos han llevado sus armas a Lemberg, donde han alcanzado una victoria. Las dos alas austriacas han sido más afortunadas, y aunque no han podido avanzar, contienen con éxito a los rusos.

En este teatro, la guerra ha comenzado ya, porque los contingentes austriacos son mucho más fuertes que los alemanes, y, al parecer, Rusia lleva la masa principal de sus fuerzas contra los austriacos. Es prematuro formular juicios, pero por ahora la ventaja general se inclina a favor de los rusos.

De todos modos, la llave del resultado del conflicto europeo no se ha trasladado a este teatro, y sigue estando, y estará aun bastante tiempo, en Francia y en el mar del Norte.

V.—Operaciones navales

Por haber tropezado con un torpedo sumergido, un crucero inglés, de unas 4.000 toneladas y cuyo nombre no se ha dado a conocer, se ha ido a pique en el mar del Norte; también se han hundido, por la misma causa, varios barcos mercantes encargados de rastrear e inutilizar las líneas de torpedos hundidas por los alemanes. El número de embarcaciones que se ha ido a pique en estos últimos días, siempre por la explosión de torpedos, es mayor que en las primeras semanas.

Todo esto indica, y lo confirman desde Londres, que los alemanes han redoblado su actividad, y que pese a la vigilancia de la flota británica continúa sin interrupción la colocación de torpedos. El silencio que el Almirantazgo guarda sobre el nombre del pequeño crucero destruido, hace sospechar que el accidente haya tenido más importancia que la que se le atribuye.

También dá que pensar el desembarco—si se confirma—de 10.000 marineros ingleses en las costas de Francia, porque bien sabido es que el Almirantazgo movilizó a primeros de agosto todas las reservas navales, manifestando que le hacían falta para alistar las unidades de las diversas escuadras, incluso los barcos anticuados y viejos. Por otra parte, al dar cuenta del combate naval del 28 de agosto, la prensa británica no ha mostrado gran entusiasmo. Si ha acontecido algo que no convenga hacer público, lo dirá el tiempo.

VI.—La ofensiva francesa

La necesidad de abastecerse y municionarse, así como la precisión de reparar las vías férreas, destruidas por los aliados en su retirada, y situar en la línea de batalla los nuevos cuerpos que iban llegando,

fueron las causas de que se detuviera el avance alemán y se perdiera el contacto con el enemigo, el día 3.

El general Joffre, que se había puesto en comunicación con el ejército de Lorena (general Pau) y conseguido evitar el peligro de que los alemanes se interpusieran entre los dos, tras un breve descanso concedido a sus tropas, emprendió la ofensiva el día 5. Su objetivo se endereza a arrojar al enemigo hacia el N., y apartarlo de la línea de plazas del E., a la vez que el general Pau, con un supremo esfuerzo, empuja hacia el E., a las tropas alemanas del primer ejército y región de Metz; es decir, que los franceses tratan de romper una vez más el centro alemán, que, en la ocasión presente, parece completamente desguarnecido. El invasor presenta poca resistencia en su ala derecha, cerca de París, y tampoco combate con extraordinario vigor en Lorena, de suerte que si mantiene victoriosamente el combate el ala izquierda de los ejércitos del Norte (frente a la derecha de las tropas de Joffre), los dos ejércitos franceses quedarán separados por sí mismos.

La situación estará muy pronto despejada; pero, entre tanto, bueno es hacer notar que Joffre combate con el doble pie forzado de París y las plazas del E., y que ha demostrado grandes dotes de mando, conteniendo, reorganizando y llevando al ataque, a un ejército derrotado en una serie de batallas que sin interrupción se libraron desde el 22 de agosto al 2 de septiembre.

Detrás del frente de batalla alemán tienen lugar, es indudable, importantes movimientos de tropas; que pueden dar un giro rápido e inesperado a la batalla. Esta será, según todas las probabilidades, más decisiva que la de Charleroi, si la ganan los alemanes, y de suma trascendencia si la pierden. Todo el problema consiste en separar primero los dos ejércitos franceses, para envolverlos luego, del lado alemán, y en apartar las dos masas alemanas, para destruir la del Norte, del lado francés. La influencia que en la batalla que se está librando hace cuatro días ejercen las fortalezas francesas, será examinada en la crónica siguiente, en la que también daré un resumen, día por día, de las operaciones a partir de la batalla de Charleroi.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

10 septiembre 1914